

UN REFrito

Los calores están aquí, y con ellos una cierta desgana. De modo que, ustedes dispensen, el artículo de este bimestre lo convierto en un refrito que espero les aproveche. Vamos allá.

Cuando escribo estas líneas, llevamos tiempo sin que Libia, Egipto u otros países del mundo musulmán ocupen las primeras planas. El torrente informativo parece que desagua, y en ese caudal naufragan, mucho me temo, las ilusiones de cuantos, a mi parecer de un modo un tanto simplón, equiparaban revolución con democracia inminente.

Cansan ya, y si no que se lo pregunten a los comerciantes de la Puerta del Sol, la revolución chabolista del kilómetro cero. Quizá porque son más, millones más, los “indignados” que votaron y ejercen sus derechos ciudadanos sin perjudicar a otros, los que creen que el sistema no es perfecto, pero no se conoce otro mejor.

Tras el feliz cambio electoral, ha llegado la hora de dar trigo, después de mucho predicar. Es momento para la seriedad y el esfuerzo, para la reflexión y la serenidad, luego de meses de precampaña y campaña. El ciudadano, sospecho, está ahito de voces y quiere ahora hechos. El caso es que todos los partidos han apostado por el empleo. Esto debe consistir, en mi humilde opinión, en no obstaculizar, ni con normas prescindibles, ni con impuestos indeseables, la actividad económica. Y, por supuesto, en hacer que el gasto público, equilibrado y ajustado a las posibilidades, sea factor coadyuvante a la recuperación económica. No quiere decir esto, claro está, que las Administraciones se lancen a contratar personal sin ton ni son.

Me temo mucho que quienes practican la hiperactividad política, sin contar ni con objetivos claros, ni con recorridos mensurables, esto es, quienes se dejan arrastrar por el viento que sopla en el momento, corren el riesgo de convertirse, como decía Stendhal, en una especie de ardilla dentro de una jaula giratoria: “Mucho movimiento para no moverse del sitio”. Mejor, supongo, ir paso a paso, no desgastar energías en cosas superfluas, no desgañitarse para nada.

Una vez más vengo a referirme aquí a eso que se ha dado en llamar “el tercer problema”. Leo a José María Carrascal que “si la vida es injusta, la política es péfida”. Lamento contradecir al veterano periodista, pero yo creo que la política no es tal cosa. Péfidos son los políticos. Algunos, claro. Qué bueno sería que ahora, cuando se van a constituir las nuevas Corporaciones y Asambleas legislativas, nuestros representantes se propusieran dar a su imagen un giro de ciento ochenta grados, a base de trabajo y seriedad, de honradez y desdén por lo superfluo. Pero hay que hacerlo de verdad, que sí no, se nota mucho. Bien decía Dickens que “no hay barniz capaz de disimular el grano de la madera”.



Juan Carlos Fernández
www.juancarlosfernandez.es